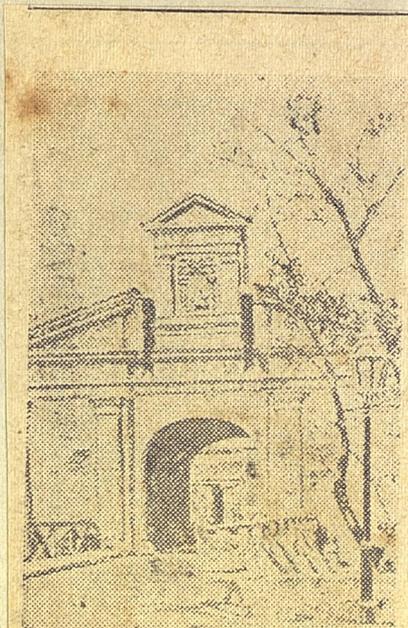


EL ALMA CENTENARIA DE LA HABANA.

Por Regino Pedroso.



Plaza de la Catedral, construida en 1688

Como los hombres, todo rincón, toda calle, toda ciudad, tiene también, un alma. Un alma hecha de tradiciones, de leyendas, de adormecido pasado, donde el aroma de los siglos flota vaporoso perfumando los días con estrofas de emoción, poetizando la vida de un pueblo o de una raza con timbos de bondad o en gestas heroicas, o haciéndolo naufragar risueñamente en epopeyas de ridículo.

Como todas las cosas, la Habana tiene también su alma. Y si la ancha Avenida del Golfo es la sonrisa cordial y descarada con que ella muestra al Mundo la frescura gozosa de su mulatez criolla y el Capitolio es el peinado artificioso, engomado de opulencia, hecho como para un día de fiesta, con que pretende disimular su indigente vida doméstica, la Plaza de la Catedral, en cambio, es su espíritu, su genuina alma vetusta, centenaria. "Aquí se ha detenido el tiempo", podría exclamarse, cuando en el ajeteo de lo co-

tidiano nos la encontramos al paso, replegada en sí misma como una arruga sobre el rostro de los siglos, antañona y silenciosa, envuelta en sombra de misterio.

De día, a la luz de este sol materialista e indiscreto—tan dado a desnudar las cosas y a burlarse de todo—nuestra vieja Plaza tal vez intenta pasar, bajo el disimulo de los afeites, por una cincuentona que todavía fuese capaz de coqueteos y de modernidades y amase el son y los cockteles. Pero, sorprendida en la noche, la veremos cansada, envejecida, derrumbada en sí misma, cuchicheando al transeunte, bajo su blanca mantilla de luna, no sé qué sugerencia al goce del ensueño o a la limosna de una piedad contemplativa.

Si tuviéramos la fantasía de los viejos narradores del Oriente, tan versados en relatar historias de princesas encantadas y de ciudades cristalizadas bajo el mar, al hablar de esta Plaza hechizada en la noche, comenzaríamos diciendo:

"Aquel día el viejo siglo XVIII estaba tan cansado, que al sorprenderlo aquí la noche se hizo sueño de piedra..." Y aún duerme, podríase agregar. Porque efectivamente, la Plaza de la Catedral es el pesado sueño de un siglo envejecido. Un sueño de piedra bajo el encanto de los tiempos. Cuando se llega aquí, parece que se penetra a un oratorio donde el rosario de los días ha cesado de correr.

"A Cuba le falta la poesía de los recuerdos". "Sus edificios no tienen historia". Así comentaba allá a mediados del siglo XIX una inteligente viajera, compatriota nuestra, la Condesa de Merlin. Quizás si en esas palabras haya un poco de verdad. Pero nos presumimos que aquella radiante



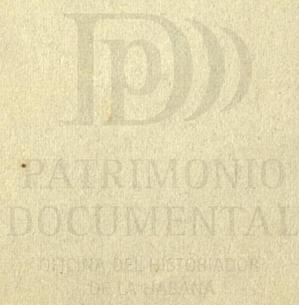
2

belleza, tan solicitada por los salones elegantes de entonces, no tuvo apenas tiempo para escuchar las voces de las cosas dormidas. La poesía no está en los hechos, sino en su espíritu; está en el alma de los hechos. ¿Y puede negarse que el alma vieja de la Habana está cantando por cada uno de estos repliegues de piedra el romance de un tiempo ido, es clavista, aventurero y sentimental? Tan así es, que ningún otro rincón, ningún otro monumento, ninguna leyenda, pesa de modo más poderoso, evocador y poético y al mismo tiempo triste sobre la vida de la Habana, que esta plaza colonial. ¡Cómo que es su alma!

Quizás diréis que esto no es cierto, que la Habana es alegre. Sin embargo, puede afirmarse que ahí si estáis equivocados. La Habana es triste, santurrona y colonial como su Plaza. No la juzguéis por esas aviaciones rumberas y esas playas de ron, ni por ese des-coco histérico que acostumbra a mostrar en los lugares públicos; ni por ese proletarismo de automóviles que hacen zafras de mortandad. Eso no es más que la reacción desesperada de una existencia que busca una alegría falsa en el alcohol y en la locura del vértigo. Si alguna vez la vistes clamorosa en el tumulto y en las manifestaciones callejeras, ha sido por lo que todo esto tiene de procesiones religiosas y de auto de fe. Y si también ha palmoteado loca de alegría con vigor y juventud inusitados cuando el "toro revolucionario" ha aparecido en la plaza pública, no negaréis que, después, un poco compungida, se ha sumergido en la oración y hasta ha maldecido del torero. Pero fuera de esas exaltaciones más desesperadas que alegres, más religiosas que materialistas, ¿no sentís siempre esa pesantez que aplasta como un cielo de plomo, caer

día y noche sobre esta ciudad de San Cristóbal? La Habana no sabe liberarse ni encontrar la alegría. Y es que vive prisionera del alma de su plaza, esclavista y colonial.

Y no resulta extraño que no haya ocurrido de otro modo, si se sabe que es el espíritu sombrío de San Ignacio de Loyola el que desde final del siglo XVII impera sobre ella. Dicen las crónicas de entonces, que fué aquí, donde ahora alza la Catedral sus dos torres de piedra, como la espada y el espíritu vigilante de Loyola, que, bajo la advocación de este Santo Varón, se levantó primeramente para los pobres hermanos de la Compañía de Jesús, un Oratorio de guano. Y fué así, efectivamente, que, sobre un terreno cenagoso que barría con frecuencia el mar, comenzara a alzarse, primero con pencas y troncos de palma y luego con piedras sobre piedras, cada vez más fuerte sobre el espíritu de los tiempos y el alma de los habaneros, la sombra de San Ignacio. Quizás por eso, por estar esta Plaza bajo el dominio espiritual de aquel Varón, sea ella de todas nuestras viejas reliquias, la que se nos entregue menos, la más misteriosa y difícil de penetrar. Topográficamente ahí está, presente a nuestros ojos, y, sin embargo, tan replegada en sí misma, tan huidiza ciembre, que apenas nos damos media vuelta, nos metemos por O'Reilly u otra calle cualquiera, y ya otra vez estaremos rompiéndonos la mente en la maraña del hallazgo. Las mismas dos únicas calles que conducen a ella, la de Empredado y la de San Ignacio, cuando llegan allí se estrechan, se cortan, se pierden de tal modo, que bien podríamos decir que dejan de ser calles. ¿Qué habanero no se ha dicho alguna vez, un poco entorpecido en la duda, cuando desde algún punto distante



de la Ciudad ha tenido que en caminar a este sitio: "Caramba, tengo que ir a la Catedral. Pero... ¿por dónde podré ir a la Catedral?" Y es que cuando se trata de almas, lo mismo de ciudades que de hombres, el camino siempre es difícil. Más, si esa alma está vigilada por el ojo de Loyola.

Pero ya estamos en la Plaza; no la dejemos escapar.

Por cualquier lado que lleguemos; vengamos del Sur, del lado del mar, lo primero que nos sorprenderá los ojos será siempre la Catedral. Ahí está como una mole de piedra parduzca, ennegrecida, con su aire barroco, su atrio, pesada de pilares, semi-gótica, con sus gruesas molduras y cornizas, sus hornacinas vacías, su fachada piramidal, como esos templos aztecas levantados al Sol, alzando al cielo sus torres gigantescas como dos pesadas lanzas de orden y de fe. Al frente, atravesando un cuartón adoquinado—tal un mosaico gigantesco de granito gris se alza con su fachada cortada casi a ras de la calle, la casa de los Condes de Casa Bayona. Es un edificio que hace esquina en San Ignacio y el antiguo callejón del Chorro, con balcones por los dos lados, grandes ventanas protegidas por rejas de hierro, no muy alto, bajo su techumbre de viejas tejas españolas. Sus dueños, sin duda alguna, fueron gentes muy devotas, consagradas al rosario y al ayuno. Seguramente el señor de esta casona tenía las manos finas y largas; un rostro pálido, exangüe, surgiendo lánguidamente del encaje del cuello, mostraba dos ojos tristes, ardidados de fe, de donde se escapaba una mirada de más allá como iluminada por la magia del Greco. Cinco o seis veces al día, cuando las campanas tocaban a Maitines, al Angelus, o llamaban a la Misa de Animas, los moradores de esta antigua mansión, la mira-

da en lo alto, mudos, silenciosos, iban a orar a Dios para aligerar sus almas de las penas del pecado. Esclavos negros, luciendo vistosas libreas, seguíanles levandando mullidas alfombras, donde piadosas mujeres hincaban las rodillas en los oficios de la misma. Esta devoción la atestigua la Madonna que surgiendo del seno mismo de la cantería, en el lugar que esta mansión hace esquina al Chorro, bajo la moldura de su hornacina, ora desde hace dos siglos. Las crónicas nos dicen que esta casa fué construída en 1720 por el Gobernador Dn. Luis Chacón. Cuando miramos esa virgen en su retablo solitario, bajo la luz aún hoy parpadeante del lugar, pensamos un poco en lejanas noches sombrías. Seguramente a la luz vacilante de una lamparilla de aceite, que a veces apagaba el viento, ella contempló, piadosa en su impotencia divina, manos que a golpes de puñales arrebataron doblones, ganaron un amor o hicieron silenciar un secreto.

A pocos pasos, siguiendo la misma calle de San Ignacio, después de pasar una casa sin portal en la que dicen las crónicas estuvieron los primeros baños públicos, nos sale al paso el amplio portalón de la casa del Marqués de Aguas Claras, descendiente del descubridor de la Florida, Juan Ponce de León. Pensamos sin querer, en un hidalgo altivo, orgulloso de su estirpe, de rostro huraño y barbas negras, ojos penetrantes y duros, y para quien era muy poco esta enorme casona de ancho portal embaldosado y corredores silenciosos. Es seguro que se pasara el tiempo en pleitos con los vecinos, hiciera poca vida de sociedad y fuese temido por su genio. Quién sabe si a veces también pleiteará con la Iglesia misma. Como testigo de su soberbia, ahí está ese portal de gruesos pilares que corta la calle e

irrumpe agresivamente en la misma plaza como la proa de una nave aventurera y esa torre cuadrada de aspecto feudal, con ventanas a los cuatro vientos, levantada sobre lo más alto de su casona, y a la que subía, inmenso en su orgullo, a sentirse muy por encima de los otros, a recibir antes que los demás, la bendición de Dios que descendía de lo alto, y en donde impaciente y severo, atalayando el horizonte, esperaba cada tarde el galeón que le traería saludos de su rey.

Y ahora, dando la espalda al mar, al otro extremo del mosaico, surgen con toda la gracia de su arquitectura colonial las casas del Conde de Lombillo y del Marqués de Arcos. Estas mansiones, en la hermosura de sus arcos, con sus balcones colgando sobre la plaza, con su portal corrido lleno de sombras, nos hablan de una vida más ligera y mundana. Aquí, posiblemente, en las viejas noches coloniales, se danzaba, se hacía música, se recían en voz baja madrigales picarescos y cantaban canciones amorosas. Estos balcones que sobresalen bajo el portal, casi al alcance de las manos, eran como escalas tendidas al beso en las tardes y en las noches, y en los grandes días de cruz alzada y pendón al viento, sobre el palio de los Obispos y la multitud orante florecían, como en las calles de Sevilla en los días de procesión, de macetas, de encajes de sedas y de sonrisas. Desde aquí, en horas del atardecer, salían los quitrines y volantas a lucir por las calles más céntricas, ojos negros y ardientes bajo peinados caprichosos. Algunas veces, una mano fina, ensortijada, dejaba caer desde uno de estos balcones florecidos un pañuelo, un billete, una rosa...

Muchas veces quizás el grito negro, bajo el golpe del látigo,

jadeó también como una bestia herida por la belleza convencional de este cuartón, hiriendo con cascotes de angustia el pavimento endurecido, espumando su rabia impotente entre el duro freno del amo esclavista. Pero esto no alteró nunca su silencio de siglos. Como tampoco se alteró al clamor de las conspiraciones libertarias, ni al paso del sereno que, haciendo resonar sobre el suelo su regatón, pregonaba las horas cada noche. Sólo de vez en cuando, un desfile de quitrines y volantas y un tropel de caballos bajo vistosos uniformes turbaban el reposado silencio. Era cuando se celebraba un bautizo de rango o se solemnizaba un acontecimiento glorioso. La Catedral abría entonces de par en par sus puertas claveteadas de hierro y la mitra episcopal fulgía con inusitado esplendor junto al tricornio del Capitán General. Las campanas desataban sus lenguas ágiles, como en los días feriados y la multitud enardecida bullía de entusiasmo sobre el dos veces centenario mosaico de la plaza. También, en los días de las fiestas de Reyes, la turba esclava irrumpía con sus trajes colorinescos, sus tambores, sus gritos, sus danzas ancestrales, y una ancha fuerza negra apagaba por un momento con un gran clamor bárbaro, el suave rumor místico de las preces cristianas.

Un cortejo ininterrumpido de báculos y mitras ha pasado durante dos siglos por aquí: el beatífico Santiago de Compostela; el Obispo de Espada y Landa, con su aspecto de buen burgués; José de Trespalacios, lamido como un abate; Morell de Santa Cruz, con su rostro gordo, pesado, casi borbónico y la mirada inquisitorial... Todo un esplendor de estolas y amatistas fulgurando su luz de poesía mística en el manto de dos largas noches.

Como véis, la Plaza de la Catedral está tan llena de tradi-

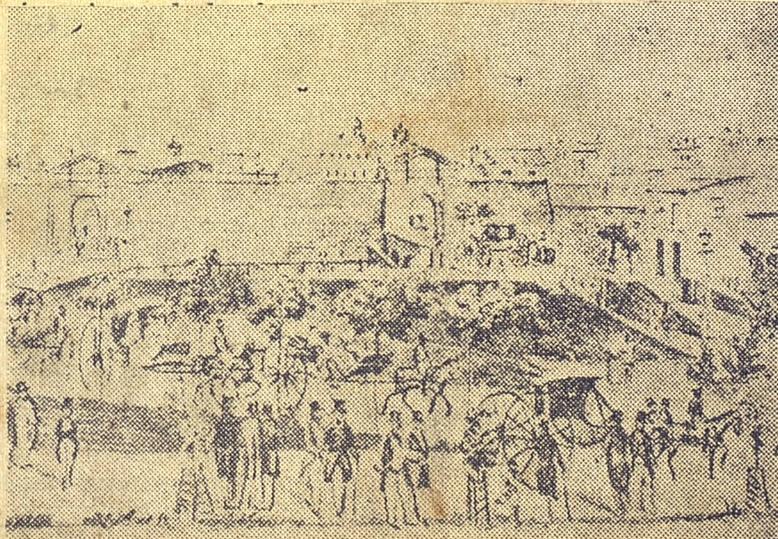
ciones históricas, tan vieja de épocas, que casi la vemos desmoronándose e nrecuerdos. Ha vivido todos los sucesos importantes que pasaron por aquí. Desde los toques de rebato que anunciaba al vecindario la proximidad de corsarios y piratas, a la dominación inglesa, a los días de la independencia y la penetración yankee. Pero ella ha permanecido así, sin perder su carácter conventual ni dejar nunca por un momento de ser siempre la misma.

Sin embargo, desde hace algún tiempo nuestra Plaza ha comenzado a vivir una vida nueva: la del comercialismo al día. En la más antigua de sus casonas, hoy puede verse un bar repleto de botellas, y en donde ahora corre el ron con la misma abundancia que antaño corría el agua cristalina que hasta pocos pasos de allí trajera, al construirse el primer acueducto capitalino, el Maestro Manrique de Rojas.

En otro de estos caserones, un restaurant *dernier-cri*, disimulado tras una profusión de macetas y cuadros más o menos artísticos, exhibe sus mesas de blancos manteles. A cualquier hora, en el ancho patio que antes llenara el rumor de una indolente vida apacible, el transeunte puede comer, bajo los

ojos mismos de los fantasmas, unas dobles chuletas de cerdo, una tortilla con *petit pois* o tomar una taza de *coffe and milk*. Más allá los camiones vienen a descargar sus fardos de tasajo, sus cajas de bacalao y sus barriles de manteca. Y aún todo esto es poco, si se compara con esas construcciones capitalistas, con esos brutales imperialismos de los rascacielos, que atropellando todos los miramientos e insultando la estética, se han levantado casi dentro de la plaza. Entre esos atentados, el viajero que llega observa con horror una de esas utilitarias construcciones modernas levantarse junto al lado izquierdo de la Catedral, compitiendo en altura con sus torres vetustas, obstaculizándole desde el lado del mar toda perspectiva y afeando con su agresiva presencia la belleza del conjunto.

Bien podría tener aquí la Habana, en uno de estos amplios y bellos caserones señoriales un lugar de cultura y de arte: pinacoteca, biblioteca pública, museo, exposiciones periódicas... Eso valdría para la atracción turística tanto como el color local, como el grito abuelo de esas maracas y bongoses que la voz negra, entre un son y otro son, va repican-



LAS MURALLAS DE LA HABANA.—Las Puertas del Monserrate, por el año de 1841, de un grabado antiguo

do sabrosamente en la mañana cálida. Así esos hombres rubios del norte, que armados de sus kodaks captan paisajes claros bajo cielos de ron, y que ahora cruzan por el viejo adquinado, tendrían algo más que ver en las placas de sus cámaras que la sola visión de un bar, unas jícaras sonoras y unas imágenes de piedra. Y el habanero,—vale decir cubano,—casi sin tierra donde poner los pies, que ve partir su ya exíguo tesoro en turriones de azúcar, y que hoy deambula por el Malecón o exhibe su indigencia por el Prado, vendría a encontrar aquí, junto a estas piedras parduscas, en las entrañas mismas de su plazuela centenaria, otro encanto espiritual, un sueño al menos de esperanza y otra voz que no sea sólo la voz emocionada de un pasado colonial.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DE INVESTIGACION
DE LA HABANA